

8

CAREF

**13 AÑOS DE
SERVICIO
A LOS
REFUGIADOS**



13 AÑOS DE SERVICIO A LOS REFUGIADOS

en el testimonio de María Amelia Sosa

Av. JUAN B. ALBERDI 2240

(1406) BUENOS AIRES - TEL. 613-6162

IGLESIA DE LOS DISCIPULOS DE CRISTO
IGLESIA EVANGELICA DEL RIO DE LA PLATA
IGLESIA EVANGELICA METODISTA ARGENTINA

INTRODUCCION

Setiembre de 1973. La alegría del retorno a la democracia aún no se había empañado en la Argentina, cuando asistimos estupefactos a la caída del gobierno popular de Salvador Allende en Chile, y escuchamos horrorizados los testimonios del terror impuesto por el general Augusto Pinochet y la Junta Militar. Los brazos de muchos argentinos se abrieron para recibir a los primeros exiliados, aquellos que lograban sobrevivir al ya famoso Estadio y a los fusilamientos callejeros. Pero, ¿qué hacer con los refugiados que llegaban al país? Un primer grupo fue alojado en el Hotel Internacional de Ezeiza, por unos días. De allí, alguien ofreció trasladarlos a un seminario teológico evangélico, el ISEDET, cuyas instalaciones podían albergarlos por otro tiempo. Las iglesias protestantes estaban siendo llamadas a dar una respuesta al dolor de las familias allí reunidas. Primero fueron algunos pastores, que se acercaron a dar su apoyo, luego fueron otros, y finalmente se pensó en organizar una comisión que pudiera ocuparse más eficazmente de la tarea. Así nació la Comisión Argentina para los Refugiados.

María Amelia Sosa era en ese entonces una asistente social recién recibida. Miembro activa de la Iglesia Metodista, casada con un pastor, fue llamada para atender el trabajo técnico de organizar la ayuda a estos primeros refugiados. Desde entonces, su vida y la de CAREF siguieron estrechamente ligadas, a lo largo de trece años de servicio a los perseguidos que buscaron asilo en este lugar del continente.

El testimonio

C. Hay algún motivo especial para haber asumido la tarea con refugiados?

M.A.S.: Hay varios. Soy chilena, migrante voluntaria, y formé mi familia en este país. Soy trabajadora social, especializada en el tema migratorio y miembro activo de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina (IEMA).

Todos estos factores me ligan afectiva, vocacional y ministerialmente a esta tarea. Como miembro de la IEMA la situación de los desterrados y perseguidos forma parte de nuestro ministerio.

C.: ¿Su tarea ha estado vinculada a CAREF desde su creación?

M.A.S.: Prácticamente. Como trabajadora social recién recibida en 1973 acepté una invitación de la Comisión Católica Argentina de Migraciones (CCAM) para realizar una especialización en el tema. Estaba preocupada por la situación de los migrantes en este país.

En ese momento sobrevino el golpe militar en Chile. Como chilena viví el dolor de ver cómo echó por tierra la experiencia de un gobierno democrático que caminaba hacia el socialismo.

La gente comenzó a huir de Chile tratando de salvar sus vidas. Muchos llegaron a Argentina y aquí las iglesias evangélicas se reunieron, en un marco ecuménico, para tratar de atender a las necesidades de estas personas.

De este modo surgió, en 1973, la Comisión Argentina para los Refugiados (CAREF), como una comisión de las iglesias para dar una respuesta coyuntural, de emergencia, no pensada entonces en función de institucionalizarse.

C.: Desde entonces han transcurrido casi trece años...

M.A.S.: Llevamos más de doce años de existencia. Yo comencé a trabajar en CAREF en 1974.

El caso de los chilenos

C.: Los chilenos llegaron aquí en circunstancias muy difíciles.

M.A.S.: Quienes primero arribaron a la Argentina fueron contingentes de uruguayos y brasileños que vivían entonces en Chile. Uno de los primeros bandos del gobierno militar exigía a los refugiados y extranjeros presentarse ante los nuevos gobernantes. Hubo quienes prefirieron no hacerlo y fueron los primeros en salir de Chile por vía consular o diplomática. Luego vinieron los chilenos.

Argentina les había concedido asilo. Había gran voluntad para recibir a esa gente, pero no se contaba con medios y respuestas prácticas.

C.: ¿Qué se hizo frente a esa situación?

M.A.S.: Hubo un primer acercamiento totalmente inorgánico a estas personas que estaban en difícil situación. Fue ese también mi primer contacto con el tema refugiados. En ese momento lo más urgente era alojar a la gente.

C.: Pero no se contaba con una infraestructura para responder a esas necesidades.

M.A.S.: El trabajo entonces era voluntario. Uno de los primeros lugares donde atendió CAREF fue en el patio de la antigua iglesia metodista, ubicada en la calle Corrientes al 700, en la Capital Federal.

C.: ¿Qué se hacía con las personas que llegaban? ¿De qué medios se disponía?

M.A.S.: Primero tratábamos de enterarnos quiénes eran, de dónde venían. Luego pensábamos qué hacer. Recuerdo que una noche llegó un grupo muy numeroso. Todos ellos conformaban el equipo profesional de un hospital de Santiago. Estaban desde el director hasta el personal de limpieza, administrativos, enfermeros. Todos.

Nosotros éramos hermanos evangélicos que tratábamos de servir de alguna manera a estas personas. ¿Cómo lo resolvíamos? Primero que nada buscábamos un lugar donde alojarlos y después pensábamos en los siguientes pasos, en otras necesidades.

Asilados, pobres y no relevantes

C.: ¿Cuál era el problema más urgente, más inmediato?

M.A.S.: En el caso de los chilenos se nos presentó una situación muy particular, porque quienes llegaron a la Argentina, en su gran mayoría no respondían a las características tradicionales de los asilados.

El asilo se había otorgado, normalmente en períodos de gobiernos constitucionales, a personas que afrontaban problemas de persecución política. Pero todos ellos tenían determinado desarrollo profesional, inserción en una estructura política. Los asilados que nosotros conocíamos hasta entonces eran, generalmente, funcionarios de gobiernos, intelectuales, altos dirigentes. Tenían, por lo tanto, mayores recursos para enfrentar la realidad social y económica a la que tenían que acomodarse. Recibían de sus propias organizaciones o de los gobiernos que los acogían, apoyos concretos motivados en el conocimiento previo.

Eran personas reconocidas política y socialmente.

C.: ¿En qué cambió esa situación respecto de los asilados chilenos?

M.A.S.: En el caso chileno fueron los menos quienes se encontraron en esta condición. Los funcionarios del gobierno de (Salvador) Allende, algunas personalidades relevantes de la vida política que tuvieron que asilarse aquí recibieron de inmediato la solidaridad clara, específica, de sus pares de Argentina.

Pero eran los menos y no era ese el sector de población el que más nos interesaba y preocupaba. Había otro caudal humano, que era el mayoritario, que no podía dar cuenta de toda su trayectoria política a un "nivel de periódico", que es como se conoce a la gente, y por eso mismo su situación era más vulnerable.

No eran los que figuraban en los diarios, los que generaban noticias, pero era el grupo más numeroso y los que más necesitaban ayuda: obreros de la papelería, de la construcción, pescadores del norte de Chile. Grupos que venían de distintos lugares y llegaban, realmente, con lo puesto.

Todo lo que tenían era algún bolso en el que habían logrado poner unas pocas pertenencias. Para pagar los pasajes, en muchos casos, vendieron bienes domésticos.

Otros llegaban aquí después de vivir en la clandestinidad durante cierto tiempo y eso les significó costos económicos. En general, llegaban en condiciones económicas y anímicas muy deficientes.

Los niños: los más perjudicados

C.: CAREF se ocupó entonces de atender prioritariamente a esta gente y de solucionar sus problemas...

M.A.S.: Como agencia voluntaria debíamos atender la emergencia económica y social que tenía el refugiado. Como ya dije antes lo primero que se debía solucionar era el problema de la vivienda. En ese entonces lo único que conocíamos eran "hoteles". En Buenos Aires, entre la población más humilde, los "hoteles" son un recurso usado para solucionar, por lo menos precariamente, el problema de la vivienda. Para nosotros eso no era desconocido, aunque sí lo fue para los chilenos que no estaban acostumbrados a vivir en esas condiciones.

En principio, para la agencia fue válido remitir a las personas a un hotel. Luego la situación se fue complicando, se fue haciendo cada vez más difícil, más aguda, debido al incremento de los refugiados y fue necesario implementar otro tipo de soluciones.

C.: ¿Hubo algún tipo de exigencias por parte de los asilados?

M.A.S.: En algunos casos. Venían verdaderas "agrupaciones humanas barriales", gente que era de un mismo sector o población. En esos casos su primera demanda era quedar juntos. No solamente porque esto les daba fuerza para enfrentar lo nuevo, sino porque tenían muchas cosas en común que no querían perder.

Nosotros accedíamos a esas solicitudes en la medida de lo posible, pero rápidamente nos encontramos con los problemas que provocaba la convivencia forzada.

C.: ¿Qué otras situaciones había que tener en cuenta en forma especial?

M.A.S.: Los niños fueron nuestra gran preocupación. Ellos eran los primeros perjudicados debido a la situación de los adultos, sumidos en una gran confusión por lo que acababa de ocurrirles y en una enorme incertidumbre sobre el futuro inmediato.

La mujer, con mayor o menor integración política en su país, traía, por lo general, una gran preparación y madurez. En muchos casos esto le permitió a la mujer convertirse en la guía de las soluciones que necesitaba la familia, si bien esa responsabilidad agregaba más angustia a su historia personal.

Pero los niños, en cambio, eran los más vulnerables. Resultaban los más perjudicados por toda la situación familiar.

Nadie se imaginó como refugiado

C.: Transcurrido el tiempo, ¿cómo se evalúa, qué se puede extraer de todo lo vivido por esas personas?

M.A.S.: Pasados los años hemos podido apreciar que el chileno no estaba preparado en lo político y en lo emocional para lo que le sucedería al producirse el golpe militar. Durante el gobierno de la Unidad Popular no se ignora que algo como lo que ocurrió podría llegar a pasar. Esta posibilidad se discutía, se decía que la experiencia democrática podría acabar abruptamente en cualquier momento. Es más: se tenía claro quien era el enemigo del proceso y había un alto grado de conciencia de los derechos del pueblo. El chileno tenía información política. Estaban muy bien informados. Pero la conciencia política es algo más amplio.

C.: ¿Dónde estuvo el error?

M.A.S.: No se tomaron previsiones, no hubo preparación para enfrentar una situación como la que luego se vivió.

Fue así que nos encontramos con gente que sufría mucho, que lloraba por la pérdida de su proyecto político, de su proyecto de vida, la frustración de la esperanza. Había mucho dolor. Estaban muy castigados por la violencia que significaba esa pérdida y por el cambio de vida que ello les producía.

Pero, al mismo tiempo, tenían mucha energía.

Esos dos aspectos: la fuerza para enfrentar el futuro y el dolor por lo que se había perdido jugaban continuamente, y con la misma intensidad, en cada persona.

Era una tensión que dificultaba la vida del refugiado y que, en muchos casos, le hacía perder la visión del presente.

C.: ¿Cómo jugaba en estos casos la expectativa por el regreso a Chile o a sus países de origen en el caso de los refugiados de otras nacionalidades?

M.A.S.: Todo pasará pronto, se reflexionaba. Nadie pensaba que el golpe militar instaurado en Chile sería el comienzo de lo que más tarde se aplicó en toda América Latina, especialmente en el Cono Sur, sobre la base de la llamada "doctrina de la seguridad nacional".

C.: Nadie se asumía, entonces, como refugiado por mucho tiempo...

M.A.S.: En estos años de trabajo una de mis preocupaciones constantes ha sido cómo evitar poner rótulos a la gente. La persona que sale de su país por razones como las que hemos venido mencionando, no lo hace ni sabiendo ni pensando que va a ser un refugiado. No se le pasa por la cabeza. Ese es un rótulo que después le ponen las instituciones en función de ubicarlos en una categoría y, en consecuencia, encuadrarlos en las posibilidades de los programas de asistencia.

Por lo tanto, cuesta mucho asumir la condición de refugiado, es muy difícil aceptarse como tal. No sólo por una cuestión social, no sólo por una comprensión semántica, sino porque significa un encasillamiento dentro de una situación no contemplada entre las expectativas de estas personas.

Desde la comprensión teórica de lo que esto significaba, su manifestación sería la siguiente: "yo salí de Chile porque 'me estaban reventando'" o "porque temí que algo sucediera con mi vida", pero no "porque quería ser refugiado" con todo lo que ello trae aparejado.

La colaboración con ACNUR

C.: ¿Cómo se vincula con esta tarea el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y qué relaciones se establecen con CAREF?

M.A.S.: Nuestra relación con ACNUR comienza a principios de 1974. Como organismo internacional de Naciones Unidas, ACNUR ya operaba en el país, atendiendo a las necesidades de nuevos grupos humanos desplazados en América Latina.

CAREF surge como agencia voluntaria que se interesa en el tema y comienza su trabajo. Surge entonces una relación institucional no sólo ACNUR sino también con la Comisión Católica Argentina de Migración y la Fundación Tolstoy, que atendía a refugiados europeos, ya que todas estas organizaciones ya se encontraban trabajando.

En ese momento se organizó lo que conocemos después como Comisión Coordinadora de Acción Social, que unió a todas las agencias que trataban de dar respuestas al problema de los refugiados, cada una desde su óptica y sus posibilidades, algunas con una amplia experiencia.

La relación con ACNUR fue muy oportuna y operativa por cuanto ellos nos proveían, de alguna manera, de experiencia anterior. Si bien es cierto que la experiencia con refugiados que provenían de la caída de gobiernos llamados "de izquierda" era totalmente nueva.

C.: La experiencia de ACNUR estaba relacionada con situaciones muy diferentes a las que aquí se vivieron...

M.A.S.: ACNUR fue creada para atender las necesidades de las víctimas de la guerra en Europa y de los refugiados generados por las acciones políticas de otros gobiernos.

Para ACNUR esta fue una experiencia distinta a lo conocido anteriormente. Había que atender a refugiados que procedían de una experiencia política socialista frustrada por la imposición de un régimen fascista militarizado. Era algo nuevo.

Esto es importante, porque se impone o se aplica una estructura ya existente a personas que si bien se los caracterizó como refugiados, tenían características diferentes, especialmente en cuanto a sus posibilidades y expectativas de futuro frente a la vida.

C.: ¿Qué sucedió entonces?

M.A.S.: Iniciamos una nueva experiencia. No solamente CAREF sino todos. Comprendimos esta situación y tratamos de aplicar un nuevo programa de asistencia. Ha sido un proceso de aprendizaje mutuo, en el que los refugiados fueron nuestros primeros "maestros", con sus demandas, con sus expectativas. Desde el punto de vista del trabajo social creo que es la manera más adecuada de atender esa situación.

La persona en el centro

C.: Volvamos específicamente a CAREF. ¿Qué programas se fijaron como agencia voluntaria?

M.A.S.: Haciéndonos una autocrítica tenemos que reconocer que, tal vez por nuestra falta de experiencia, durante los primeros años de trabajo no buscábamos soluciones definitivas. No nos planteábamos poner el acento en el tema de la radicación legal en Argentina. Nos interesaba mucho más escuchar a la persona, tratar de elaborar con ella su proyecto. Digo que es una autocrítica porque en ese momento la atención se planeaba según las necesidades y había demandas que muchas veces no eran fáciles de resolver.

Comparo nuestra postura con la de la Comisión Católica Argentina de Migración. Ellos daban prioridad al aspecto migratorio. Quizás hubiera sido más fácil nuestro trabajo si, en esa época de tanta incertidumbre y tensión política que vivíamos como país, hubiéramos tenido definiciones más exactas sobre los programas a implementar.

C.: ¿Se puede decir que había cierta desorientación acerca de lo que había que realizar?

M.A.S.: No exactamente. Teníamos claro que luego de recibir a la gente, de encontrar un lugar para alojarlos, de definir los montos de ayuda de emergencia y sus limitaciones, era necesario escuchar a cada uno. Nos interesaba mucho la persona, lo que traía. Lo que veíamos era su dolor. Primero había que "curar las heridas" y, luego, él mismo tendría que saber qué haría con su vida. No nos preocupaba imponer soluciones. Reconocíamos que el trabajo era un aspecto fundamental. Por eso dimos prioridad a los proyectos laborales, algunos de ellos colectivos, que por distintas causas no funcionaron como se esperaba.

C.: ¿Contaron con la solidaridad de los argentinos?

M.A.S.: Hasta comienzos del año 1975 contamos con la solidaridad efectiva y total del pueblo argentino. Las organizaciones estudiantiles, sindicales, intelectuales, trataban de ayudar a distintas formas en la emergencia del pueblo chileno que llegaba hasta nosotros. Después la continuidad de la solidaridad se dificultó por las condiciones políticas que comenzaron a vivirse en el país.

La dictadura

C.: ¿El cambio de la situación política, la coyuntura de violencia y de enfrentamientos afectó directamente a CAREF?

M.A.S.: CAREF sufrió atentados y amenazas. A tal punto que en mayo de 1975 nuestro secretario general se vio obligado a exiliarse. Eso nos llevó a un replanteo de la tarea y a redefinir el tipo de población que asistiríamos. Ya habíamos organizado lugares de alojamiento donde tenían prioridad las familias numerosas, los enfermos y los casos que revestían mayores problemas de seguridad. Les llamábamos "refugios" u "hogares de tránsito". En general, todas las personas que se alojaban allí tenían trámites de reasentamiento en terceros países, ya que por sus condiciones les iba a ser difícil integrarse al país en la situación que aquí se comenzaba a vivir.

C.: ¿Instaurada la dictadura militar en Argentina en 1976, el régimen tomó alguna medida respecto de los refugiados?

M.A.S.: Sí. El gobierno determinó quiénes podían radicarse y quiénes debían abandonar el país. Esto dio un criterio más lógico al trabajo de los funcionarios que atendían las situaciones de los refugiados.

Comenzamos nuevamente una experiencia de exilio de los chilenos, esta vez desde Argentina. No se trataba de una decisión personal, sino de una obligación.

Para muchas personas se planteó una difícil situación. Si alguna vez tuvieron la expectativa de irse a un tercer país, habiendo transcurrido el tiempo ya no les interesaba alejarse más de Chile. Para entonces ya se conocía aquí cuál era la situación del exilio en Europa y esta ya no era una salida buscada o deseada por los refugiados. Preferían permanecer aquí. Sin embargo, la realidad les indicaba que tenían que irse.

Este proceso de reasentamiento fue lento y doloroso desde el punto de vista social, además de difícil en lo económico, porque el flujo de ayudas que habíamos tenido al comienzo del programa, incluyendo la solidaridad internacional, ya no era el mismo.

Angustias del reasentamiento

C.: ¿Cómo se reformuló la tarea a la luz de las nuevas circunstancias?

M.A.S.: En los años siguientes la característica de nuestro trabajo fue asistencia a los que esperaban una visa para salir del país, manteniendo atención sobre los muchos aspectos implicados en esa situación. Expectativas, temores, ansiedad, mientras se preparaban para un nuevo ámbito cuyas características desconocían. ¿Qué idioma utilizarían? ¿Qué sol los abrigaría? Los trámites de visa se hacían ante dos o tres embajadas a la vez y sólo un par de semanas antes de la salida, en muchos casos con apenas un par de días de anticipación, los refugiados conocían el destino que tendrían. Esto provocaba un suspiro de alivio, porque se comenzaban a definir las cosas, pero, al mismo tiempo, recrudescían las situaciones de ansiedad.

Ni qué decir de lo que era recibir rechazos de las embajadas a las solicitudes de visas, pero teniendo en cuenta el contexto en el que se vivía la situación es fácilmente imaginable.

C.: Sin embargo hubo quienes permanecieron en la Argentina.

M.A.S.: A pesar de todo muchos lograron la radicación en la Argentina. Este hecho implicaba un encuadre en otro programa llamado de "integración local". CAREF trabajó más intensamente en este programa a partir de 1977, mientras seguía asistiendo a quienes debían reasentarse.

El trabajo en los "hogares de tránsito" fue una experiencia muy importante que algún día tendría que recopilarse.

Los comienzos de los años ochenta marcaron una nueva etapa. Para entonces prácticamente toda nuestra población había logrado ya su visa o, en los casos de los que se quedaron, se trabajaba en su radicación legal y en los proyectos de inserción local.

Con la explosión popular que se rebela contra el régimen militar chileno en los últimos años, y que se refleja en las primeras protestas abiertas y masivas a partir de 1983, comenzamos a recibir un nuevo tipo de exiliados, que son los que estamos atendiendo ahora.

Los primeros huían del régimen. Estos lo han enfrentado y, en muchos casos, piensan seguir haciéndolo. Es una situación muy diferente porque, además, y por muy pobres que estemos como país, el gobierno democrático actual les reconoce a estos exiliados su calidad de perseguidos políticos. Y esto cambia muchas cosas.

Una experiencia de vida

C.: ¿Cuál sería la evaluación del trabajo realizado como agencia voluntaria con los refugiados a través de las diversas etapas?

M.A.S.: Desde el punto de vista del trabajo social creo que la evaluación es positiva si tenemos en cuenta todo lo mencionado anteriormente: nuestra falta de experiencia al comenzar, el estado en que llegaba la gente, los distintos problemas que había que enfrentar y el marco político y económico en que se ha desarrollado la acción.

C.: ¿Ud. cree que los propios refugiados podrían coincidir con esa apreciación?

M.A.S.: Actuamos de acuerdo con nuestras posibilidades y en este sentido fuimos comprendidos por los refugiados. Creo que nos entendían, nos veían como personas que, en muchas ocasiones, no sabíamos cómo manejar las cosas, ni teníamos claro qué era lo más adecuado. Pero nos respetaban. Porque al mismo tiempo advertían nuestro interés por ellos, aun en casos de paternalismo evidente.

C.: ¿Es posible destacar algún logro en especial que se haya obtenido en la tarea con los refugiados?

M.A.S.: El tránsito por la Argentina, todo ese tiempo que debían vivir en los "refugios" a la espera de una visa, fue un tiempo que ayudó a los refugiados a prepararse para el nuevo exilio en Europa o Canadá. A pesar de los conflictos que pudimos tener con ellos, en la mayoría de los casos fue un tiempo de madurez para enfrentar el cambio. Esto ha sido destacado por personas que trabajaron con ellos en su instalación posterior en el exterior. Iban mejor preparados.

Toda esta tarea ha constituido para nosotros una gran experiencia de vida, más que un trabajo social profesional o una acción eclesial. Por eso, muchas reacciones que los refugiados pudieron haber tenido en ese momento, agresiones y autoagresiones, para nosotros constituían una forma de comunicarse, de expresar lo mal que se sentían porque las respuestas de los programas de asistencia no eran suficientes o adecuadas, o porque el porvenir se les presentaba incierto. Vivíamos todo eso juntos.

En los refugios, donde se desarrollaron tareas de mayor acercamiento humano, dejando de lado todos los aspectos formales de la relación, se dieron experiencias de trabajo grupal, donde la asistente social era un miembro más del grupo. Allí se veían todos los aspectos de la vida y la comunicación humana. Mantuvimos como premisa, de la interacción y del servicio social, trabajar con la gente considerando su pasado y analizando sus expectativas sobre el futuro, y vivir el presente lo más activamente posible por más oscuro que éste pudiera parecer.

Derechos humanos

C.: Después de doce años de trabajo en una tarea tan específica como esta del servicio a los refugiados: ¿cuáles son sus objetivos profesionales y personales hoy?

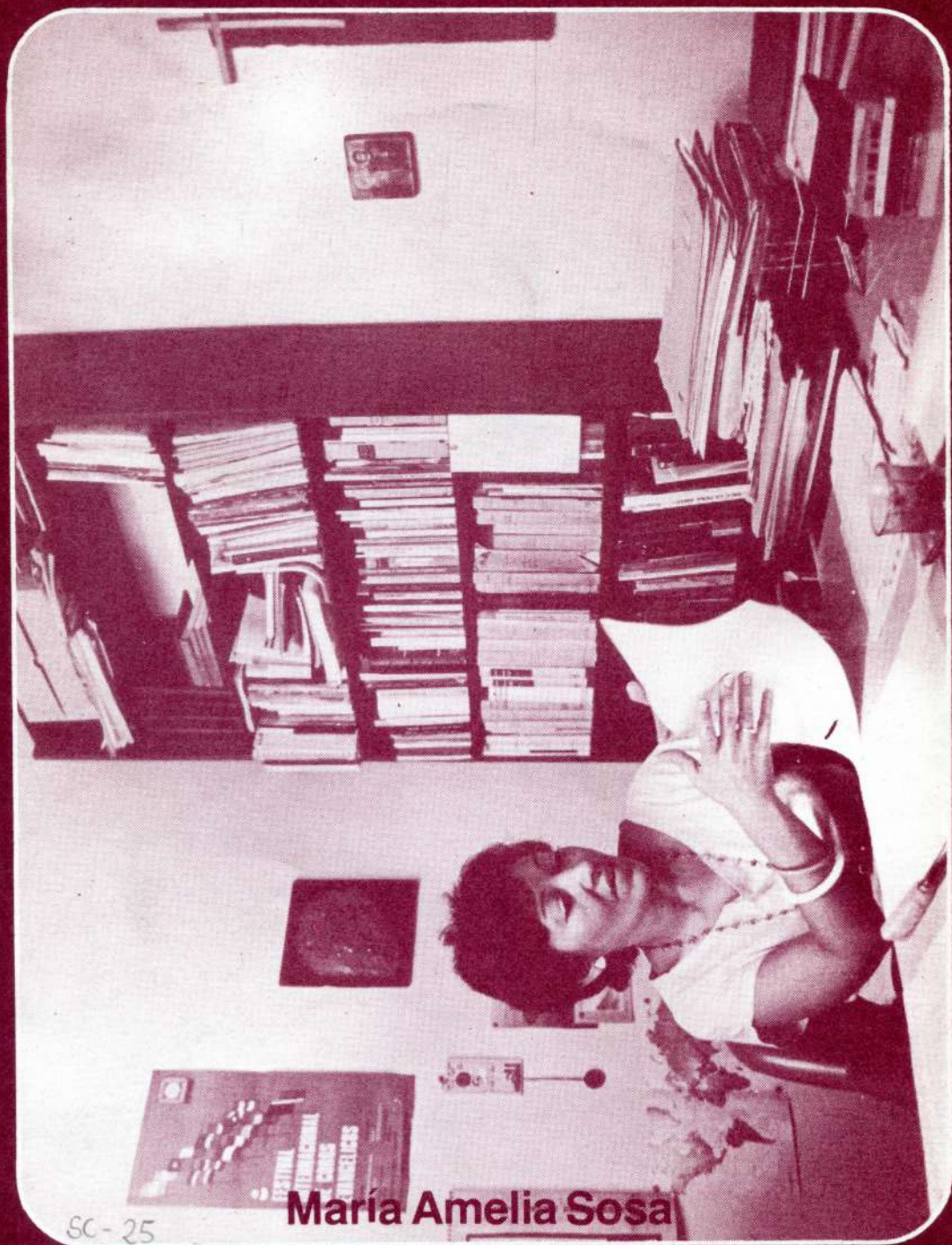
M.A.S.: Es una buena pregunta, particularmente porque me encuentro ahora en un momento muy especial. Estos años me dieron una experiencia de vida que incluye lo profesional y lo personal y ya no puedo separar las áreas. No sé si es bueno o malo, pero es así ahora.

El trabajo con refugiados en estos años pasados, en este país y con nuestra historia, me dio la posibilidad de encuadrar el tema en el amplio marco de la lucha por la vigencia de los derechos humanos en la región. Y por este mismo motivo no puedo deslindar lo personal de lo profesional.

Lo que comenzó como una cuestión de necesidades personales, incluido lo profesional, se ha transformado en una cuestión mucho más amplia. Abordar desde lo profesional una problemática que necesariamente debe ser también encarada desde las causas que generan el dolor, el desplazamiento, la marginación, etcétera. Por esta razón, entre otras, es que creo que puedo alejarme de la tarea específica que cumplí en CAREF. De una tarea que me ayudó a crecer, a conocer personas que influyeron en mi trabajo y en la percepción que tengo de la vida. Una tarea, en fin, que ahora me permite dejar un lugar con mucha alegría y agradecimiento por lo que recibí e intentar la búsqueda de nuevos desafíos.

C.: ¿Cuáles son esos nuevos desafíos?

M.A.S.: Como miembro de la Iglesia Metodista he estado representándola en la Junta Pastoral del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH) durante varios años. Allí se me presenta ahora la posibilidad de colaborar, desde lo profesional, en una tarea específica. Este es un camino a recorrer y seguramente habrá otros.



SC-25

María Amelia Sosa